

*“El día que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo.”*

El día en que me iban a dejar, yo me desperté dos horas más tarde que Santiago Nasar. Y como en el escrito de García Márquez, lo mío era la crónica de una ruptura anunciada. Sabía lo que iba a pasar desde el día anterior, cuando el tono que mi pareja utilizó para hablar conmigo me anunció malas noticias. “-Mañana hablamos”. Y es que, como si de un factor genético se tratase, esas dos palabras siempre despiertan el mismo sentimiento en el desgraciado oyente, que debe resignarse al lento pasar de las horas que conducen al día siguiente.

Me desperté de forma espontánea a las siete y media. El despertador no sonaría hasta una hora más tarde, pero ya no podía estar más tiempo en la cama. Había pasado una noche llena de despertares, pesadillas y sudores, así que decidí comenzar el día en ese mismo momento y no alargar más la pesada noche. Tomé una ducha de una hora y media, de manera que el tiempo volvió a acompañarme; era hora de aligerarse. Abriendo el armario me di cuenta de que ese día debía escoger cuidadosamente lo que iba a ponerme. No podía permitir que me dejaran vestido de cualquier modo, pero no tampoco quería recurrir a una vestimenta demasiado cuidada que anunciase un desesperado y último intento de que no ocurriese lo que sabía que iba a ocurrir. Ante la incompatibilidad de las dos premisas anteriores, decidí ponerme cualquier cosa; no era la primera vez que me veía, ya no debía causar ninguna buena sensación.

Habían pasado cuatro años desde que la relación había comenzado. Había sido mi primera pareja, la primera persona de la que me había enamorado. Había, de algún modo, crecido y madurado con él. No lograba recordaba anécdotas que no le implicasen y, en un día cualquiera no ponía un pie en ningún lugar que no hubiese pisado con él anteriormente. De algún modo, había compartido mucho más que mi vida con él, ya que poco a poco habíamos amoldado nuestras vidas a estar juntos. La universidad, el trabajo y los amigos no nos dejaban demasiado tiempo libre para estar juntos, así que intentábamos economizar todo los minutos libres para vernos y estar juntos.

De camino a la universidad, el día en que me iban a dejar, decidí prepararme un discurso que resultase convincente. Una cadena de palabras que resultasen espontáneas, como si no las hubiese pensado anteriormente, y que demostrasen que la ruptura no iba

a significar demasiado para mí. Algo así como “bueno, todo se acaba”. Aunque yo en absoluto me encontraba de acuerdo con tal expresión, ya que dichas palabras infieren una supuesta impotencia humana, como si las relaciones estuviesen determinadamente predestinadas al fin desde el principio, sin tener en cuenta las acciones o emociones de quienes las forman. Aún así no se trataba de defender ideologías, sino de mantener intacto alguna parte de mi ego, que se encontraba agonizante desde el día anterior.

Los últimos meses habían transcurrido de manera más lenta que los anteriores. La relación definitivamente no atravesaba su mejor momento. El paso de los años, la comodidad de conocernos y la rutina habían convertido el idilio en un patrón de comportamiento que ya no nos gustaba a ninguno de los dos. Habíamos pasado, en cuestión de meses, de la impresión continua y admiración a la mediocridad de las parejas maduras, que no quieren perder lo que tienen por miedo a no poder encontrar algo mejor. La vida en común había dado un vuelco negativo y aunque yo lo sabía, quería resistirme a la idea del final, que me resultaba incomprensible e inalcanzable. Algo así como la concepción del infinito. Yo no me encontraba del todo a gusto, pero prefería aferrarme a tiempos anteriores y mejores, y pensar que quizás todo podía volver a cambiar de nuevo.

No recuerdo un día tan largo como el día en que me iban a dejar. Las horas pasaron a componerse de ciento veinte minutos, y cada minuto resultaba la suma de ciento veinte segundos. En el tiempo que la aguja del segundero de un reloj emplea para dar un paso, yo recordaba mil y una anécdotas positivas, para después volver a caer en la triste frustración de la situación que estaba viviendo. En resumen, asistí a todas las clases, pero no pude (o no quise) escuchar ni una sola palabra de las que sonaban en las aulas. Afortunadamente para mí, las horas pedagógicas terminaron por acabar, así que me dispuse a afrontar un destino que cada vez se encontraba más cercano. Tomé el tren a la misma hora que cada día. Mientras una mezcla de miedo e impaciencia se acrecentaba en cada parada, me di cuenta de que al final no había preparado ninguna respuesta aparentemente espontánea.

Después de pensar unos minutos decidí que una sonrisa podía servirle a mi ego de mucho más que cualquier conjunto de palabras; “sonríe, y entonces pregúntale el por qué de forma brusca. Eso no le dejará tiempo para decir otra cosa que la verdad”.

-No puedo seguir con lo nuestro.- La sonrisa no surgió, por mucho que intenté forzarla.

Resulta curioso como las reacciones son, de algún modo incontrolables. Al oír las palabras que sabía que se iban a pronunciar explotó todo resquicio de tranquilidad que aún se alojaba dentro de mí. Los otros posibles finales se desvanecieron al instante, las respuestas premeditadas se olvidaron y no pude hacer otra cosa que mirar al vacío. Sabía que él esperaba alguna respuesta por mi parte, como si el guión estuviese ensayado o se supiese como proceder en dichas situaciones.

Como si tuviese algo que decir.

No pude articular palabra hasta transcurrido un tiempo. Entonces pregunté, de forma tímida, el porqué. Su explicación no me resultó convincente, no porque no tuviese coherencia interna, ni porque no se correspondiese con la realidad que vivíamos desde tiempo atrás, sino porque no quería creérmelo. Poco a poco, los nervios se apaciguaron y pude estructurar un discurso correcto. Le dije que era evidente que no pasábamos por el mejor de los momentos, que yo también sentía que no era lo mismo, pero que mirando hacia atrás nos encontrábamos con un porcentaje mucho mayor de buenos tiempos que de malos. No logré convencerle.

Si las palabras “mañana hablamos” despiertan en el ser humano un cierto sentimiento, la frase “concibo nuestra relación más como una amistad que como una pareja” despiertan otros, igual de frustrante aunque muy diferente. Lo nuestro no era una amistad, y eso había quedado claro desde el primer beso. Nuestra forma de convivir, de hablar y de comportarnos no correspondía con el patrón que siguen las relaciones de amistad comúnmente. Al menos, no las mías. Hablamos durante horas, dando vueltas sobre el mismo punto argumental, como si de un debate político se tratase. Posturas irreconciliables. Traté de explicarle mi percepción de la pareja como una relación que debe alimentarse día a día, tratando de despertar emociones, nuevos retos y sensaciones que resulten motivantes. No le descubría nada nuevo, ya que él opinaba lo mismo. La diferencia radicaba en que la lucha que yo pensaba aún se podía ganar con un poco de esfuerzo, él ya la había dado por perdida.

Me dijo que, aunque ya no concebía lo nuestro como una relación sentimental, no quería perder el contacto. Que yo le resultaba una persona interesante, con la que podía divertirse, pasárselo bien y mantener conversaciones agradables. Aunque me sentí un tanto cosificado, le di la razón. Yo también me divertía con él, las conversaciones que solíamos mantener me resultaban desafiantes, apasionantes y llenas de sentido.

Aprendía tanto de él como de mí mismo. Me gustaba salir a divertirme con él, ya que compartíamos aficiones y gustos de todo tipo. Así que no me pude negar a seguir viéndonos, aunque, por supuesto, cambiando el modo y la intensidad de los encuentros.

Sentí entonces el indeseable dolor de la pérdida. Estábamos estableciendo un nuevo rumbo en nuestra relación, hablábamos ya de encuentros amistosos en vez de citas de pareja. Los términos y las circunstancias habían cambiado en cuestión de horas. Ya no existía el nosotros en el sentido continuo, sino que ahora hablábamos de intervalos. Nuestra relación existiría los días que nos viésemos, y el derecho a mantenernos en contacto los demás días quedaba prohibido por orden inherente. Parecía, en aquel momento, como si los plurales sonasen indirectamente a “quizás volvamos”. Me sentí obligado a excluir de mi discurso toda referencia a nuestro pasado, todas las vivencias comunes, para no sentirme anclado. Sentí que se me negaba volver la vista atrás, como si debiese borrar todos mis recuerdos para no parecer más débil que mi interlocutor. No creo que sea necesario aclarar que mis sentimientos no podían cambiar con la misma rapidez.

Entré así, en un cambio de rol súbito. De repente me sentí fingiendo un papel. Debía mostrar cierta compostura, fingir más bienestar del que experimentaba en aquel momento, contener lágrimas y aclarar mi voz para que no sonase titubeante. Me sentí arrastrado por el discurso, cambiando mi percepción del momento por lo que supuestamente era mejor decir para no dañarme más. No quería dar más vueltas sobre lo mismo, no quería volver a escuchar la palabra “no”. Si hoy me hubiese encontrado en la misma situación hubiese actuado de la misma forma, aún a sabiendas del perjuicio, ya que se trata de uno de los pocos actos en los que habla más el ego que la persona misma que lo alberga.

La cita finalizó con un “ya nos veremos”, que no hacía más que reafirmar lo dicho anteriormente. Una frase que mostraba un cierto desencanto, pero que a su vez parecía despreocupada. En resumen, una mentira.

Mientras el ascensor me acercaba a casa, los sentimientos afloraron como si de un torrente mantenido se tratase. Abrí la puerta, corrí hacia mi habitación para encender el reproductor de música y subir el volumen.

La mentira se había acabado.